

LA FIDELIDAD CASTELLANA

DIARIO TRADICIONALISTA.

Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ. (Apoc. CAP. 2, v. 10.)

Se fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida.

PUNTOS DE SUSCRICION

En la Administracion de este periódico:

CENTRO CATÓLICO, *Lain-Calvo*, 16.

Forma de pago:—En libranza del giro mútuo ó letra de fácil cobro, á la orden del Director del CENTRO CATÓLICO ó en sellos de franqueo ó del timbre móvil para recibos. En este caso en carta certificada.

ANUNCIOS Y COMUNICADOS á precios convencionales.

Grandes rebajas á nuestros suscritores y abonados.

Insercion de Esquelas de defuncion y funeral á 3 pts. doble tamaño, 5 pts.

Precios de suscripcion.

EN TODA ESPAÑA..... Tres meses 3 ptas. 75 cén.
Seis id. 7 id. 50 id.
Un año 15 id. e
ULTRAMAR Y EXTRANJERO. Un año 30 id. e

Número suelto 10 céntimos.

INTERESANTE.

Habiendo dejado el que suscribe la tienda de ultramarinos que con el título de «La Viuda de Lóstau» hacia 24 años estaba al frente, se despidió de todos sus parroquianos dándoles las mas expresivas gracias, ofreciéndoles al mismo tiempo su habitacion en la calle de Santander, núm. 4, piso 3.º, donde podrán pasar á satisfacer sus deudas los que se hallen en descubierto, y al mismo tiempo advierte á todos que, en la planta baja de la misma casa se halla su hijo político Valentín Alonso Barona hace 4 años expendiendo tambien géneros ultramarinos, y espera se servirán favorecerle en lo sucesivo, como antes venian haciéndolo con su padre.

Andrés Echart y Garcia.

La Fidelidad Castellana.

JUEVES 21 DE FEBRERO DE 1889.

LA CUESTION.

V.

SUS TÉRMINOS VERDADEROS.

(Conclusion.)

Ya era jurisprudencia establecida, con el perdón incondicional de *La Fé*, que los mestizos con todos sus errores eran tan carlistas como nosotros con la pureza de nuestra doctrina, y que por lo tanto el carlismo no era el partido íntegro y puro de las cristianas tradiciones españolas, sino una causa meramente personal donde todos y todo cambian, íntegros y mestizos, lo bueno y lo malo, con tal que profesasen el dogma fundamental, el único artículo del credo carlista, los derechos y la autoridad de D. Carlos.

Ya era costumbre admitida que, si bien todos cabíamos, íntegros y mestizos, en el partido carlista, pero los mestizos podían libérrimamente defender y propagar sus errores, impugnar la integridad de nuestras doctrinas, maldecir de los tiempos en que nuestra política imperaba, vejarnos é insultarnos impunemente y de continuo; y nosotros no cabíamos sino á condicion de ver, oír y callar, ó de ser reprendidos y desautorizados en cuanto entablásemos con nuestros adversarios polémicas que estaban terminante y absolutamente prohibidas.

Ya, además, se había dado á los íntegros la batida que dirigió el Sr. Navarro Villoslada, aunque con poca fortuna, gracias á la prontitud, á la energía y unanimidad con que nuestros periódicos se apresuraron á hacer patente que todavía no estaba el terreno preparado para hacernos mestizos de una plumada y por carambola.

Ya se había realizado el triunfo de los mestizos dándoles carta blanca y firme seguro para que con toda tranquilidad y desembarazosentasen su baza y proclamasen sus errores, prometiéndoles que la autoridad solo sería inflexible con los ataques, ó desacatos, que contra ella se cometiese; y ya habían caído peleando como buenos, ya habían sido desautorizados, el *Diario de Lérida* y *El Euskaro*, y sufrido reprensiones, ó advertencias, mas ó menos duras otros periódicos por el

enorme desacato de defender la verdad contra quien quiera que la desconociese; ya estaban amordazados todos los periódicos íntegros con la prohibicion de contradecir á los carlistas que procuraban extender y entronizar en nuestro campo los errores mestizos.

Ya estaba averiguado que D. Carlos no prohibía, ni miraba con malos ojos, que *La Fé* resucitase los errores borrados y barridos, en nombre y con aprobacion del mismo D. Carlos, en nuestras polémicas con *La España Católica*, con *El Fénix*, con *La Union Católica* y con *La Fé*; ya sabíamos que D. Carlos no impedía, ni desaprobaba, ni extrañaba siquiera, que *La Fé* levantase esos errores mestizos como bandera del partido carlista, fundándolos en los manifestos de D. Carlos; ya era notorio que lo que D. Carlos desaprobaba, y reprendía y prohibía, era que se negase nada de eso, que lo contradijésemos, que tratáramos de interpretar en buen sentido sus manifestos y le privásemos de la gloria de haber sancionado en ellos los errores mestizos y convirtiéndolos en bandera del partido carlista.

En suma, ya estaba visto, que si no por plan preconcebido y acuerdo de ambas partes, por natural impulso é inclinacion de una y otra, poco á poco y gradualmente, iban acercándose y uniéndose contra nosotros, y confundiendo en una misma aspiracion, los rebeldes de ayer y el carlismo de hoy; y sin renunciar á la palabra integridad é intransigencia, pero reduciéndola á la conservacion de solo la autoridad y los derechos íntegros de D. Carlos, iba éste abriendo y despejando los caminos á los mestizos para que prosperasen sin contradiccion y sus errores prevaleciesen, y sujetando, quebrantando é inutilizando á los íntegros, hasta dejar á la integridad y la intransigencia sin sosten ni defensa.

Y, en fin, parecia tambien averiguado que con nosotros se podia hacer eso y mas, que nosotros lo sufriríamos todo, que si alguna vez formuláramos alguna protesta, á una sola voz, á un simple gesto, al mas leve ademan de enojo de D. Carlos, nos echábamos por tierra, anonadados, rendidos y dispuestos á renegar de nuestros principios y á pisotear nuestra conciencia por el buen querer del César.

Y cuando tuvo eso por averiguado y seguro, creyó D. Carlos que ya era hora de desgarrar con sus propias manos la antigua y enarbolada franquicia y por sí mismo la nueva bandera. Con habilidad que no se puede negar, pensó que para asegurar mejor el éxito convendría valerse de un nombre que inspirase confianza, y aun entusiasmo, á la parte mas numerosa é inteligente del partido, y que al propio tiempo tuviese la flexibilidad y blandura necesarias para torcerse y

acomodarse á todo; y con admirable perspicacia y buen tino, que tambien deben reconocérsele, descubrió que el hombre que necesitaba era el señor Llauder.

Se publicó *El Pensamiento del Duque de Madrid*. Pronto hará un año. El día de San José llegó á mis manos. Al desdoblarlo temí nuevas y mayores confusiones: creia al Sr. Llauder mas astuto y diplomático. Cuando lo hube leído, confieso que ningun sacrificio hice en callar: me pareció que, ó ya no existia el espíritu tradicionalista, ó ninguna refutacion seria tan elocuente como el mismo *Pensamiento* y los alborozos que habia de causar en *La Union Católica* y *La Fé*. Ni aun me costó gran trabajo sufrir, y hasta reír, porque valia por cien argumentos míos, la insolencia de *La Fé*, que triunfante, regocijada y magnánima se dignó ofrecerme un *Ramo de oliva*, donde ponia de vuelta y media á los íntegros, me ofrecia su perdón generoso y su proteccion soberana, y me daba muy buenos consejos para que no me rebelase y me perdiese.

El golpe fué tan rudo que solo *La Fé* y *La Union* lo celebraron, y la prensa liberal toda entera haciéndoles coro. Aun los periódicos carlistas que luego mostraron estar decididos á ir donde quiera que los lleve D. Carlos, aparecieron unos dias como espantados, perplejos y confusos, viendo de persuadirse y persuadirnos que aquello no era, no podia ser, un cambio en la doctrina, sino íntegro y puro, porque si no ¡adios patria! ¡adios rey! ¡adios esperanza! Los periódicos buenos inclinaron la frente al peso de la tristeza, y callaron. Si alguno hizo observaciones incontestables fué con tanta razon, tal arte, y tanta reverencia que nada se le pudo reprender. El efecto fué tan pavoroso, que el mismo don Carlos ó sea el Sr. Llauder *Desde Venecia*, se puso á recoger velas y desdecirse á toda prisa.

Todo quedó luego silencioso y tranquilo, y tampoco aqui parece la rebelion.

Y cuenta que no lo digo en son de alabanza nuestra; porque, si no antes, á lo menos entonces debió resonar enérgica y formidable la protesta en todos los ámbitos de España.

A poco una escritora, liberal segun D. Carlos, la Sra. Pardo Bazan, recién llegada de Venecia y valiéndose del periódico *La Fé*, repitió en sustancia los mismos errores que el Sr. Pidal y Mon acababa de sustentar en el Ateneo de Madrid, blasfemadero público al decir del Sr. Menéndez Pelayo en un discurso acerca del *Ultramontanismo*.

Y no fui yo, fué la comunión tradicionalista quien protestó contra aquellos errores; y contra los agravios que allí se hacian á D. Carlos V. porque los persiguió de muerte; y contra las alabanzas que de su augusto nieto se hacian allí por verle inclinado á esos errores, conciliaciones y transaccio-

nes; y contra los elogios y los entusiasmos con que *La Fé* publicaba tamaños errores, y semejantes agravios, y tales alabanzas.

¿Por qué, ni cómo, ni con qué derecho, habia yo de oponerme á una protesta contra los errores de una escritora liberal? ¿Por qué habia yo de impedir que los elementos mas sanos de España, ¡y ojalá hubiera sido España entera! se levantase indignada á rechazar errores que tambien á mí me parecian, y eran evidentemente abominables? ¿Con qué autoridad, ni con qué derecho, podia querer D. Carlos que condenase yo por facciosa una protesta entre cuyos iniciadores figuraba el señor marqués de Valde-Espina, poco antes primer delegado, y á la sazón intermediario universal de D. Carlos con España?

Imposible parece, pero es lo cierto, que enojó terriblemente á D. Carlos que la comunión tradicionalista protestase indignada contra aquellos errores, franca y desvergonzadamente liberales y mestizos, y no los quisiese consentir, y se opusiera á que se propagasen y recomendasen con entusiasmo político y como fruto de plausible patriotismo dentro del partido carlista. Mas inverosímil parece aún, pero lo cierto es que D. Carlos no trató de disimular su enojo, antes lo manifestó en seguida, sin ningun disimulo, con franqueza y sinceridad en cierto modo laudables. Y mas inverosímil, y mas imposible que todo parece, pero tambien es verdad, que ni aun con eso acabaron todos de abrir los ojos y ver que D. Carlos no estaba á la cabeza de la España tradicional para protegerla contra esos errores y guiarla á pelear contra sus partidarios, sino mas bien para amordazarlos, sujetarnos é impedirnos defender de ellos este último baluarte de la antigua *Fé*, de las creencias seculares, de las católicas tradiciones españolas.

Y D. Carlos no se enfadó con el señor marqués de Valde-Espina, sino conmigo; y á 19 de Mayo me notificó su secretario que «si persistia ocho dias mas en hacer escarnio de las órdenes del R....» (se referia, supongo yo, á la orden de no discutir con carlistas como la Sra. Pardo Bazan) «el Señor» «haría algo que me relegase al panteon de los Cabrera, ó de los Suarez Bravo.»

No me hablaba del panteon donde relegó á los hombres de *La Fé*, junto al de Suarez Bravo, porque esos resucitaron sin necesidad de arrepentirse, ni hacer penitencia, y á mí me queria muerto, y no resucitado.

DESMANES.

Es preciso que se ponga correctivo y se atajen los desmanes del mesticismo, de esa secta político-religiosa que todo lo perturba, y no pierde ocasion de combatir toda obra católica y amenaza concluir con todas las manifes-